

EL DOSSIER BEL AMI

1

En la carretera de Triel a Poissy, la casa, surgiendo de la espesura, dominaba el Sena, separada de él por un terraplén del ferrocarril del Oeste. La aldea se llamaba Medan.

Las rosas sedientas languidecían en el jardincillo. A pesar del aire caliginoso de este verano de 1878, todo el horizonte, hasta las más lejanas elevaciones del Hautrie, permanecía impregnado de luz y de agua en medio del clamor de las locomotoras delirantes y del paso de los remolcadores que surcaban el Sena. El 9 de agosto, Emile Zola, cuarentón, gordo y con binóculo, convertido en nuevo rico desde la aparición de *La taberna*, volumen decimonoveno de la historia cíclica de los Rougon-Macquart, escribía a Gustave Flaubert que acababa de comparar una «cabaña de conejos» en un lugar perdido cuyos méritos más notables consistían en estar alejado de cualquier estación y en no albergar ningún burgués en los alrededores.

Por la «cabaña de conejos» había pagado Zola nueve mil francos oro, suma exorbitante habida cuenta de la época y de lo exiguo de la propiedad. Pero Zola amplió la casa y el jardín y compró la isla vecina, encuadrando la modesta vivienda cúbica de festones y balaustradas, preparada así para recibir a los amigos, en un paisaje netamente impresionista donde el agua triunfaba, una vez más, sobre el medio ambiente.

–Lo más molesto –observó Paul Alexis, amigo de la infancia del autor de *Teresa Raquin* es que ese nombre de Medan sea impronunciabile.

–Pues bien – replicó ingeniosamente Zola–, no hay más que ponerle un acento agudo que pasará a la historia.

Y eso fue, efectivamente, lo que sucedió.

2

Alexis llevó consigo a la cabaña a un fornido joven de veintisiete años, moreno, más bien bajo, de poderoso torso de toro en libertad, con bigote triunfante, aficionado a las mujeres, a toda clase de mujeres, algo tímido a pesar de su bella estampa, siempre con el cuello de la camisa abierta descubriendo su cuello ancho, en el que flotaba una corbata de lunares.

Antes de adoptar el nombre de Maupassant se hacía llamar Guy de Valmont, doble referencia a *Las relaciones peligrosas* y a su Normandía natal.

En Médan, Maupassant pasaba los días bañándose en el Sena o tendido en la barca de Zola, que el mismo bautizó con el nombre de Nana.

Paul Alexis preguntó extrañado:

–¿Nana? ¿Por qué Nana?

Era el título de la nueva novela del autor de los Rougon-Macquart, que hacía referencia a su heroína, la hija del plomero Coupeau y de la tierna Gervaise, la hermosa tullida de *La taberna*: Ana Coupeau.

La voz neutra del hermoso Guy soltó entonces esta expresión, como una evidencia:

–¡Esta claro! Porque todo el mundo podrá montar en ella.

Así era, en 1880, el año en que Flaubert había de morir, aquel joven de Dieppe, con el acento gangoso de Caux, evadido del pequeño seminario de Yvetot y convertido en un parisiense a la moda; aquel escéptico, jaranero y burlón que adoptaba aires femeninos para presentarse ante una vieja inglesa de inclinaciones sáficas; aquel

normando aficionado a la buena mesa y a los licores; aquel hombre nervioso de quien Léon Daudet escribiría que escondía en él tres personalidades: la de un buen escritor, la de un imbécil y la de un enfermo. Este era Maupassant, el amado de las mujeres, que había de morir loco.

3

Una cálida noche, llena del olor de la vegetación, al borde del Sena, la luna aparecía entre los grandes árboles de Vaux, al otro lado del río, frente a Médan.

Al lado de Maupassant, con la mirada perdida en las sombras, más allá de la orilla donde se reflejaba el agua fugitiva a través de las ramas medio sumergidas, cinco hombres, cinco amigos, hablaban de la guerra del 70.

–¿Por qué no escribimos los seis una historia sobre la guerra? Podíamos encargarnos cada uno de un episodio – dijo, de pronto, Léon Hennique.

El suave Alexis dio su aprobación entusiasta. El binóculo de Zola se estremeció.

–De acuerdo – dijo el autor de *Nana*–, pero hace falta un tema.

–Ya se nos ocurrirán, Emile – replicó inmediatamente el flaco Henry Céard, autor de la novela *Un hermoso día* y del drama *Todo por el honor*.

Maupassant abandonó su contemplación de la luna sobre el Sena para hacer esta observación:

–Si Zola accede a firmarlo, este libro puede proporcionarnos cien francos, o tal vez doscientos a cada uno...

Los rostros se volvieron hacia Joris-Karl Huysmans, que no había dicho nada todavía.

–¿Y el título de la obra?– preguntó éste, que ostentaba una rubia barba enmarañada.

Se hizo un silencio que rompió Hennique para anunciar:

–*Las Veladas de Médan*.

El libro apareció, en efecto, el 1 de mayo de 1880, con este título. (Como había anunciado Zola, Médan había adoptado definitivamente el acento.)

Sin embargo, ninguno de los seis hombres podía imaginar aquella noche de verano de Médan, que el gran triunfador de aquellas veladas sería el apuesto normando de «la barca Nana», aquel joven de mirada oscura y atractiva que iba a cumplir entonces treinta años.

En 1870, una diligencia salía de Dieppe a Ruán, entonces ocupado por las tropas alemanas. A la mitad del trayecto, el carruaje, que había sido detenido en Tôtes, una capital de provincia, corría el riesgo de ser detenido por orden del comandante del puesto si el oficial prusiano no obtenía los favores de una joven prostituta normanda. La joven, apremiada por sus compañeros muertos de miedo y de hambre, había acabado por acceder a los deseos del alemán, y el carruaje había reanudado su marcha. Desde este momento, y hasta la llegada del carruaje a Ruán, el único tributo que pagaron los viajeros al sacrificio de la joven fue un orgulloso desdén y el trato sin piedad que las clases burguesas reservaban a las criaturas manchadas.

Estos hechos, absolutamente auténticos, habían sido relatados a Maupassant por uno de sus tíos. Su protagonista era una bella joven de la región de Valmont llamada Adrienne Legay. Al escribir su historia, Maupassant la llamó *Bola de sebo*.

Desde hacia tiempo, el mundo galante, las mujeres fáciles y las profesionales del amor, no tenían secretos para el apuesto Guy.

Había trazado el cuadro de la tragicomedia de Tôtes sin un borrón. Cuando Gustave Flaubert leyó las pruebas de imprenta que el propio Maupassant le había dejado, el autor de *Salambó* hizo un solo comentario: Una obra maestra.

Algunos rumores insidiosos, aunque sin autoridad, atribuían a Flaubert la paternidad de Guy, aquel hermoso niño moreno, nacido en el castillo de Miromesnil o tal vez en Fécamp, hijo de Laure Le Poittevin, íntima amiga del novelista de Croisset ¿Podía ser Gustave Flaubert el padre de Maupassant? Ocho días después de la publicación de *Las veladas de Médan*, un ataque epiléptico ponía fin a la vida de un hombre que, veinticuatro años antes, había debido su gloria a la escandalosa historia de otra normanda: Emma Bovary.

Habían pasado muchos años desde el clamoroso triunfo de *Bola de sebo*. Maupassant se encontraba en el teatro de Ruán cuando, en un palco vecino, una mujer sola, rubia, de belleza exuberante, despertó su instinto de cazador siempre al acecho. Inclínandose hacia su vecino, preguntó.

—¿Quién es?

—Pero Guy, ¿no la reconoces? ¡Es Adrienne! ¡Adrienne Legay! Es... Bola de sebo.

Entonces Maupassant examinó con atención a la normanda regordeta, no excesivamente bonita pero todavía apetecible. La contemplaba fascinado, devorando con los ojos a su modelo y, como afirmó un testigo, con una cierta emoción.

Al final de la representación, se dirigió al palco y saludó a Adrienne Legay; luego se fueron los dos a cenar al hotel del Mans. Según una fuente tal vez apócrifa, la señorita Bola de sebo concedió aquella noche a Maupassant lo que en 1870 no había rehusado al oficial prusiano.

4

A *Bola de sebo* siguió en seguida *La casa Tellier*, en 1881, y después, en 1883, *Una vida*. En el transcurso de estos años, la producción de Guy fue de una abundancia y de una facilidad tal vez excesivas.

El escritor, a decir verdad, no crea; según su propia expresión *pone el huevo* y, ante todo, trata de vender y lo consigue sin pudor ni vergüenza. Parece que solo escribe para ganar dinero y, llegado el caso, no vacila en proclamarlo agresivamente.

La correspondencia de Maupassant con sus editores está llena de regateos de precios, reclamaciones, estados de cuentas, cifras de tiradas, quejas sobre las ventas y sobre los retrasos en el cobro.

A fin de no desaprovechar nada – y nada había de desaprovecharse–, el tema de un relato es utilizado dos y hasta tres veces, pasa del artículo de un periódico a una revista, y de ahí a la edición en volumen.

El *Petit Bottin des Lettres et des Arts*, atribuido al grupo de Féneón, Laurent Tailhade, Paul Adam y Moréas, calificó al hombre considerado por Flaubert como su hijo espiritual del siguiente modo: Maupassant, N.C. Las siglas significaban «notable comerciante». La calificación era severa.

Pero el interesado, familiarizado con las salas de redacción y cronistas de moda, con un gran desdén hacia todo y con el pesimismo profundo, patológico del individuo sensual y desengañado, preguntó todavía con un cierto cinismo:

—¿Un industrial de las letras, yo?

Y después de un silencio:

—Es terriblemente cierto...

Pero la realidad era distinta o, al menos, parcialmente distinta. Aquel hombre, aquel hermoso ejemplar de la Normandía lluviosa, barrida por el viento y las brumas, aquel vikingo melancólico de las costas azotadas por el mar gris y frío del Norte, que no podía prescindir de los salones de París ni de los palacios de la Costa Azul, escondía terribles secretos. Sus palabras estaban saturadas de reticencias.

Al igual que Bernanos sesenta años después, la simple contemplación de una hoja de papel produce náuseas invencibles a este profesional de las letras, a este esclavo de la literatura comercial.

Para escribir un capítulo, una simple frase, una línea, Maupassant sufre terriblemente, siente profundo malestar. A pesar de una cierta facilidad aparente, el escritor tiene grandes dificultades, que aumentan con la edad, para terminar el capítulo, la página. A medida que pasan los años, el hecho de escribir no sólo no le produce ya ningún placer sino que hasta le disgusta.

Redacta lentamente, con dificultad, con esfuerzo. Guy había escrito años antes a Flaubert:

–Debo confesaros que, a veces, me dan ganas de llorar sobre el papel.

Cuando su amo trabaja, François Tassart, el ayuda de cámara, cree distinguir a través del aposento terribles maldiciones. Y Maupassant no había cumplido aún los treinta y cinco años.

5

Encabezando un enorme paquete de hojas impresas, llenas de tachaduras y rectificaciones, podía leerse en letras de molde este título: *Bel Ami*.

En la planta baja del número 10 de la calle de Montchanin, sobre un falso arcón Enrique II, a la sombra de un planta de salón y bajo la enigmática sonrisa de un Buda antiguo, el último paquete de pruebas que Maupassant había corregido con verdadero cansancio, esperaba la llegada del recadero enviado por el editor Havard para recoger las páginas revisadas por el autor. De 1883 a 1885, Maupassant escribió *Bel Ami*, la historia de Georges Duroy, a quien todo París conocía por su sobrenombre galante, que daría título a la obra. Había publicado, a la vez *Mademoiselle Fifi* y los *Cuentos de la avecasina* el mismo año que empezó su novela; *Las hermanas Rondoli*, *Claro de Luna* y *Miss Harriet* en el 84; *Los cuentos del día y de la noche*, *Yvette* y *Tonio* en el 85, mientras que el *Gil Blas* aparecía en forma de folletín del 6 de abril al 30 de mayo.

En cuatro meses, la novela de Maupassant fue leída por más de cuarenta mil lectores, con una gran mayoría de público femenino. En pocas horas, las primeras ediciones se agotaron a un ritmo vertiginoso, superando las predicciones más optimistas del editor Havard. Se produjo entonces un acontecimiento imprevisto.

El lunes 1 de junio de 1885, día de luto nacional, una carroza fúnebre recorrió las calles de París entre una multitud de dos millones de hombres y mujeres que se congregaron desde l'Etoile hasta el Panteón para ver pasar, en el pequeño féretro negro de los pobres, los restos de Victor Hugo, el anciano más ilustre del siglo.

Durante dos días enteros y una noche – la de la prodigiosa velada bajo el Arco de Triunfo–, la vida de la capital quedó interrumpida. Esto bastó para que la venta de *Bel Ami* disminuyera vertiginosamente. Sin embargo, durante los diez meses siguientes fueron vendidos diecisiete mil ejemplares en las librerías.

6

El fondo histórico, político y financiero de *Bel Ami*, novela escrita en clave y hasta con claves sobre el oportunismo a través de las mujeres, es convincente. Y Maupassant no ocultó nunca las fuentes utilizados en su libro. Estas habían sido obtenidas de la historia contemporánea por un novelista que había hecho profesión de observador de los trastornos de la sociedad de la Tercera República, de donde sacaba sus recursos y que no podía dejar de describir.

El 5 de noviembre de 1881, se producía la caída del ministerio Jules Ferry, a raíz de los escándalos de Túnez, seis meses después del tratado del Bardo que acababa de convertir al país en un protectorado de la República francesa. El tratado se había firmado el 12 de mayo. De junio a setiembre de 1881, Maupassant recorrió, por cuenta de *Le Gaulois*, el periódico de Arthur Meyer, el Norte de África, desde la frontera marroquí hasta Túnez, en busca del rebelde Bou-Hamara, *el hombre de la mula*. Este viaje proporcionaría a Maupassant uno de los elementos de su novela *Bel Ami*, pintura del ambiente y descripción de la época excesivamente enmascarada por sus apariencias mundanas y galantes.

Son también indudables sus bases financieras, sacadas de la observación directa de la más reciente actualidad y, por otra parte, físicamente contemporánea, de la aventura colonial de Jules Ferry. Nueve años después, Zola utilizaría a su vez este tema en el volumen decimotercero de la historia de los Rougon-Macquart en *El dinero*, historia de la lucha entre dos facciones rivales de la gran banca cosmopolita.

La quiebra de la *Union Générale* data de 1882. Era –al término de una sorda y terrible lucha– la réplica vengativa, brutal y terrible, de la alta banca judía, republicana y protestante, a la tentativa para llevar a la ruina a los Rothschild, por parte de los medios bancarios católicos de los Broglie, los Harcourt, los Mayor de Luppé. En tres semanas ciento ochenta millones se desvanecieron como el humo, la *Union Générale* quebró, sus directores fueron encarcelados y el juez designado para instruir el expediente, murió loco.

En un año, se sucedieron tres ministerios. Gambetta no duró más de 74 días, después de Jules Grevy, y fue reemplazado por Freycinet que, destituido en el mes de julio a raíz de la cuestión de Egipto y de la protección del canal de Suez, dejó su puesto a Duclerc, que desaparecerá al regreso de Ferry. Y el último día del año de 1882, Gambetta, que guardaba cama dese el drama de los jardines en el que se hirió accidentalmente con un revólver, moría a los cuarenta y cinco años, cinco minutos antes de terminar el año, mientras los gritos de dolor de su compañera Léonie Léon desgarraban la primera noche de 1883.

Maupassant no ocultó en ningún momento que el ministro Laroche Mathieu –cuya alusión a Laroche-Joubert era evidente– representabas en su novela el tipo, o más bien la síntesis, de los parlamentarios de la Tercera República. Pero el novelista no se limitó a esto.

La sociedad que describía Maupassant, con una perspectiva mucho más cercana que la de su amigo Zola en su historia natural y social de los Rougon-Macquart bajo el Segundo Imperio, era su propia sociedad. El autor había pasado por sus salones, había escrito en sus periódicos, había paseado con sus mujeres por las avenidas del Bois de Boulogne, había engañado a sus maridos, había compartido sus secretos. Por esto supo pintarla a lo vivo y darnos de ella, por decirlo así, una fotografía. Es la sociedad parisiense mundana y financiera de los quince primeros años de la República del 71, la aristocracia del dinero, las grandes familias de los negocios, desde los Fould a los Rothschild y a los Cahen d'Anvers. El autor de *Bel Ami* ha sacado de allí al hombre quien su heroe le ha quitado su mujer y que, con Laroche Mathieu, se sirve fríamente de él para divertir a la galería; es Walter, el famoso financiero del bulevar Malesherbes.

Una hermosa judía rusa, Marie Kahn, hermana de Albert Cohen, había sido la amante pasajera del autor de *Bola de sebo*. La complicidad de la alta banca y de sus mujeres abrió, pues, a Maupassant la puerta de la sociedad israelita bancaria que le iba a proporcionar sus mejores modelos: La esposa de Walter, mujer de belleza ya decadente que, seducía por *Bel Ami*, traicionará la confianza de su marido en beneficio de su amante. Para este episodio, Maupassant se inspiró directamente en los anales familiares

y amorosos de los Fould en los que, escondido en lo más recóndito de una alcoba, el joven Charles Fould sorprendió un secreto que permitió a Mardoqueo Cahen d'Anvers realizar una operación bancaria de varios millones de francos.

Maupassant proporcionó a cierta categoría de individuos, más bien pagados de sí mismos, un modelo y un tipo inigualable e inigualado.

Es cierto que ejemplares de esta raza de «gigolós superiores» aparecen en las novelas de Balzac y, sin duda, reproducidos con más genio. Sin embargo, en este último cuarto de siglo que anunciaba a la vez el escándalo de Panamá y el «affaire Dreyfus», hacía falta el retrato de Bel Ami que acusaba a la vez que era acusado y cuyo mito real se convirtió, a través de la creación novelesca, en arquetipo: *Hermoso amante, hermoso amor, hermoso amigo...*

Antes de instalarse en la plaza de la Madeleine, el librero Louis Conard había sido empleado de Havard, el editor de Maupassant en 1885. Por esta época, en los medios periodísticos y editoriales se barajaban varios nombres, tres al menos, como modelos del personaje *Bel Ami*. Dos periodistas del *Gil Blas*, Maizeroy, astuto barón lorenés, autor de *Las parisienses* y de *Amores prohibidos*, y el falso barón de Vaux, llamado Charles de Saint-Cyr, eran los supuestos candidatos. Ambos ofrecían una característica importante: eran los dos antiguos suboficiales. Hervé, el hermano del propio Maupassant, seis años menor que el autor, parecía también haber intervenido en la elaboración de *Bel Ami*. Pero el cuarto, el más importante de todos, ¿no era acaso el propio autor?

En el otoño de 1932, el novelista, dramaturgo y periodista Fernand Vandérem descubrió, en una librería de París, un curioso volumen de una de las primeras ediciones de *Bel Ami*. En la primera página se podía leer esta enigmática dedicatoria: *A Madame B. Homenaje del propio Bel Ami*.

El examen de la escritura no ofrecía ninguna duda sobre la autenticidad del documento. El trazo nervioso de la rúbrica era, desde luego, de Maupassant. Vanderem, asombrado, compró el libro y se lo llevó. ¿Era un desplante del autor? ¿Orgullo varonil ante una mujer cuya identidad ocultó, prudentemente? Se preguntó, a su vez, Armand Lanoux. El misterio no ha sido desvelado.

Pero dejando a un lado el enigma de una confesión particularmente ambigua, las semejanzas entre el autor y su personaje son indudables. Lanoux ha enumerado los rasgos más sobresalientes del paralelismo entre los más singulares de la novela. Está, primero, la sexualidad; después, el parecido físico (los bigotes); por último, estas características comunes a ambos. Oportunismo, el desprecio por las mujeres, al que se añadía un ateísmo radical y schopenhaueriano, el amor por la tierra natal y la fascinación del agua.+

A Maupassant; que se lamentaba de que el comercio con las mujeres le parecía cada vez más deplorablemente monótono, repondría Flaubert:

–El remedio es muy simple. ¡Alejaos de ellas! ¡Dejad a vuestras mujeres! Hay que trabajar más joven, mucho más de lo que trabaja usted. Demasiadas p... ¡Demasiado deporte! ¡Demasiado ejercicio!

Pero Guy inclinaba la cabeza y reanudaba sus tristes costumbres, con aquel aire de toro abatido camino de su última cita con el destino.

Gustar a las mujeres, ¡este es el más fuerte deseo de casi todos!, escribe Maupassant en 1884, en la época, precisamente, en que estaba dominado por los demonios de su ficción. Y el autor de *Bel Ami* prosigue: *Ser, con la fuerza que te*

proporciona el talento, en Paris, en el mundo entero, un ser excepcional, admirado, halagado, que puede recoger a su gusto los frutos de carne viva que todos anhelamos... Estas frases son reveladoras. En general, poco aficionado a las confesiones públicas, Maupassant se explicó del mismo modo en *Bel Ami*.

Esta confesión, lanzada a todos los hombres y mujeres, surge vibrante, encendida, de su misma novela.

8

Él, que detestaba que le fotografiasen, se sentía, en cambio, fascinado por los espejos

En 1889, Hervé de Maupassant, su hermano, había muerto en un asilo de enfermos mentales de Bron, en las afueras de Lyon, después de lanzar estas palabras a Guy:

–¡Miserable!; Me has hecho encerrar cuando el loco eres tú! ¡El loco de la familia eres tú!

El 1 de enero de 1892, cerca de Cannes, Guy trató de poner fin a su vida, primero con un revólver que su criado, el fiel François, había vaciado de antemano por precaución, después trató de herirse en la garganta con una navaja y, por último, intentó arrojarse por una ventana.

Durante este mismo año, Laure, su madre, bella y excesivamente sensible mujer, amiga de Gustave Flaubert, separada de su marido y que sufría desde hacía tiempo de fuertes y dolorosas crisis neurasténicas, trató a su vez de suicidarse; no lo consiguió e hizo una nueva tentativa.

Durante el verano de 1893, Guy, que iba a cumplir el 5 de agosto los cuarenta y tres años, no llegaría a cumplirlos.

Padecía terribles migrañas que le dejaban postrado en cama durante largas horas. Solo, o con una mujer tendida a su lado, acostumbraba a drogarse con éter cada vez con mayor frecuencia para estimular sus dotes de creación, que habían ido debilitándose progresivamente. Horribles pesadillas turban su sueño, interrumpido por largas horas de insomnio, deambulares solitarios y divagaciones; las terribles angustias que le producen sus relaciones con amantes ocasionales han reaparecido con más fuerza que nunca, mas obsesivas, acompañadas de un embotamiento total, de abrumadoras depresiones atravesadas por relámpagos de extraña lucidez.

–Se ha producido en mi cerebro –confesó Maupassant a su amigo el doctor Henry Cazalis– una fermentación de sal, y cada noche la masa gelatinosa de mi cerebro comienza a deslizarse por mi nariz y por mi boca... ¡Me estoy volviendo loco!

Y exclama luego:

–¡Adiós, amigo mío! ¡No volveréis a verme!

El hermoso toro normando llegado a la edad de madurez, el antiguo bosquero de Argenteuil, de Bougival, de Chatou, es ahora un hombre acabado, con los ojos hundidos, la tez pálida, las facciones abotagadas, la mirada extraviada y la carne pesada y fofa, los músculos reblandecidos y el cerebro vacío. Se parece a un enorme animal acorralado, derrotado.

Los trastornos visuales que padecía desde hacía tiempo, se habían acentuado bruscamente. Y Maupassant es presa de extrañas fobias. No puede soportar París; la contemplación de la torre de hierro que, desde la Exposición Universal de 1889, se eleva por encima del campo de Marte, el monstruo moderno del ingeniero Eiffel, le produce terribles accesos de furor.

Encerrado entre las cuatro paredes de su casa, vive sumido en un sueño sin fin, siempre idéntico; tendido de espaldas a borde del mar, va deslizándose lentamente hasta

que las olas van cubriéndole una después de otra, mientras sobre él se extiende el cielo infinito, de un azul blanquecino, con estrías doradas... Es así, piensa Maupassant, como debería ser la muerte. Desparecer. Desvanecerse.

De vez en cuando, una misteriosa joven, siempre vestida de gris, de rostro marmóreo, se introduce en el apartamento de Guy para salir al poco tiempo de él sin decir una palabra al criado que le ha abierto la puerta. No es un sueño ni una alucinación. ¿Quién era esta mujer? Nadie había de identificarla jamás. Sin embargo, fue la última amante de Maupassant, la última mujer de rara y sorprendente belleza que Bel Ami tuvo entre sus brazos.

Poco a poco, Guy de Maupassant había ido sumiéndose en la oscuridad. Al igual que quince años antes en casa de Flaubert, los ataques epilépticos se habían multiplicado y agravado. La demencia se había apoderado de él, la lucha contra el «Horla», ese ser fantástico e inaprensible a quien se ha de exterminar para salvarse, había comenzado para Guy. El escritor se agota en un inútil combate con las tinieblas, con sus negros espíritus, el veneno, tal vez acarreado inexorablemente por su propia sangre, ha ido infiltrándose en él. Los médicos, que le han enviado de Luchon a Plombières, a Aix-les-Bains y a Cannes, han diagnosticado al fin su mal, que es absolutamente incurable: Maupassant padece una sífilis cerebral.

La enfermedad ha ido haciendo progresos. En la costa Azul, el ayuda de cámara François Tassart ha tenido que ayudar a subir a su amo en un tren, escoltado por un enfermero que ha colocado a Maupassant una camisa de fuerza.

Guy ha sido internado en una casa silenciosa, entre Passy y Auteuil, perdida entre los árboles, donde ejercía el doctor Emile Blanche, el más célebre alienista de París.

Detrás de los sólidos barrotes de su ventana, la mirada de Maupassant se pierde entre los altos follajes del parque, agitados por la brisa de aquel verano de 1893. Desde el mes de junio, la Casa Blanca, como se la designa habitualmente, ha despedido tajantemente a sus visitantes. Las escasas personas admitidas en la habitación del enfermo son hombres. Ninguna mujer podrá acercarse ya a Maupassant.

En su periódico [diario], que dirige [redacta] metódicamente desde hace más de cuarenta años, Edmonde de Goncourt anunciaba simplemente que Guy de Maupassant estaba volviéndose poco a poco salvaje. Y, desgraciadamente, tenía razón.

Las últimas rosas se deshojaban sobre el césped de la clínica del doctor Blanche.

Algunas nubes tormentosas se deshilaron sobre París y un chaparón humedeció el asfalto de Passy, llenado el aire de un olor a musgo y a hojas. El día estaba ya muy avanzado cuando una enfermera cerró los postigos de una pequeña habitación donde, de repente, se había hecho el silencio.

El corazón de Guy había cesado de latir. Era el 6 de julio de 1893. Pocas semanas después, el periódico de Ruán anunció que una mujer se había dado muerte en esta ciudad. Se llamaba Adrienne Legay. *Bola de Sebo* había ido a reunirse tal vez con *Bel Ami*.

FUENTES

Maupassant: *Bel Ami*, prefacio de Armand Lanoux.

Armando Lanoux: *Maupassant, el Bel-Ami* (Paris-Press).

Alfred Colling: *Flaubert*.

Jacques Robichon: *La novela de las obras maestras*.

Flaubert. *Correspondencia*.

Paul Morand: *Vida de Guy de Maupassant*

Georges Normandy: *El fin de Maupassant*
Henry Azeau: *Historia viva del siglo XX.*

Del libro de Jacques Robichon
Extraordinarias historias verídicas. Colección Libro Documento. Plaza & Janés Barcelona 1968.
Traducción de María Teresa Arbo. Páginas 225-243
Digitalizado por José M. Ramos
Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>.